

LA SAETA

SEMANARIO ILUSTRADO

FUNDADOR, D. PEDRO MOTILBA

AÑO XII

BARCELONA 25 DE ABRIL DE 1901

NÚM. 544



Su belleza manifiesta
en su cuerpo y en su cara.

Sólo una falta le encuentro:
Que es un poco recatada.



CHARLA

STOY lo que se llama atemorizado; y, la verdad, el caso no es para menos.

Los ladrones se propagan de un modo pasmoso, hasta el punto de no dejar seguros ni los calcetines puestos.

Y no crean ustedes que se paran en pelillos, ¡quia! Lo mismo penetran en la más fuerte casa de banca, que en la habitación más pobre.

Lean ustedes los periódicos y no cesarán de ver:

«En la casa número tantos de la calle cual, se llevaron los ladrones la caja de caudales.»

«En la casa tal, robaron días pasados la caja y el cajero.»

«En el Banco cual, un cajero se llevó la caja.»

En fin, señores, ¡la mar!

Y lo mismo que en las casas, ocurre en las calles á todas horas del día y de la noche.

Ya se dan atracos á mano armada hasta en los tranvías y en las iglesias.

Y lo peor del caso es que, además de robar, dan los grandes sustos.

A un amigo mío le cogieron del cuello, noches pasadas, y le quitaron siete reales en *metálico*, una boquilla de cerezo y un tomo de poesías de Sañudo Austrán.

Como ustedes ven, lo robado no valía nada; pero de resultas del susto se le han llenado de fuego las narices y se le ha puesto el carácter más agrio.

Como esto siga así, no hay seguridad posible.

Un joven y conocido escritor también ha sido víctima de los ladrones.

A las ocho y media de una noche fría y mal encarada, me lo agarraron entre unos cuantos y le quitaron hasta la piel de un dedo, donde llevaba dos sortijas baratas.

Los ladrones escaparon; y cuando el joven, repuesto algo del susto, gritó pidiendo auxilio, se le presentó un agente de la autoridad y le dijo:

—¿Por qué arma usted ese escándalo?

—¡Porque me han robado!—contestó el escritor, casi haciendo pucheros.

Aquí el guardia se puso muy serio y exclamó con gravedad:

—De eso ocurrirá mucho este año, porque las cosas están muy malas.

Y siguió dando su paseo de ordenanza.

Lo repito, señores: Estoy atemorizado y sin saber dónde colocar el dinero para tenerlo seguro; esto me preocupa tanto, que creo ver ladrones en todas partes.

Ya no se respeta ni la tumba fría.

Ayer llegó á mis manos una composición poética firmada por *C. Lario*, robada á don José Zorrilla.

¡Pobre poeta, atracado en la fosa!..

Si voy al teatro, veo obras que las dan como originales, siendo otros tantos *atracos* del francés.

Y de la música de las zarzuelas no hay que hablar: el músico más eminente no está libre del *atraco* de un compañero.

¡Bonita entrada de siglo!

Tan preocupado estoy con este mal social, que días pasados se me cayó de las manos el *Heraldo de Madrid*.

Comenzaba á leer un artículo titulado «El señor Salmerón», y mis ojos se nublaron de espanto.

Decía así el periódico, hablando del ilustre político:

«Como siempre, robó...»

No pude leer más.

—¡También él!—exclamé con desconsuelo.

—¡No, hombre!—contestó un amigo.—Sigue leyendo.

En efecto: el mismo periódico me devolvió la calma al leer:

«... robó unos instantes á sus múltiples ocupaciones.»

Pero dejemos ya este asunto, que bastante paciencia les he robado, y vamos á otra cosa.

* * *

¡Qué alegre está el cielo! ¡Qué verdes y qué hermosos están los prados! ¡Con cuánta gracia y coquetería sonríe la Naturaleza! La pintada flor se mece orgullosa en su flexible tallo, al soplo leve de la suave brisa; los más delicados aromas embalsaman el ambiente; los pajarillos alegran con sus trinos, anunciando la llegada del verano... ¡Qué bello es el paisaje, y qué de flemones se han desarrollado!...

Esto debe ser por el cambio de estación.

Hay casa donde no se ha escapado ni un individuo de la familia.

He visto á un señor cura con el lado izquierdo de la cara lo mismo que una polaina.

¡Pobre señor, cuánto debía sufrir!

A un conocido actor le llegó la inflamación hasta el ojo; y si no le dan pronto un medicamento activo, lo pierde.

El flemón es lo que más se presta á la medicina casera; por eso, sin duda, se propaga tanto en épocas como la presente, por la falta de conocimientos en aquellos que tratan de combatir el mal á su modo.

—Una hoja de col puesta al sereno es el mejor remedio para que baje la inflamación,—dice uno.

—No hay cosa como ponerse en el carrillo una zapatilla de adulto, apretada con un pañuelo liso,—añade otro.

—Los buchets de agua de garbanzos es cosa santa,—suele recetar una patrona.

Pero, de todos estos remedios, ninguno como una receta que ha llegado á mis manos, escrita por un oficial de sombrerero.

Dice así:

«Mézclese un puñado de salvado con manteca de cochino, clara de huevo fresco, piedra lipis y vino rancio.»

Esta cataplasma creo que se la aplicaron á un infeliz y se le fué metiendo el flemón para dentro, hasta que le llegó á la *campanilla* y lo ahogó.

Ya lo saben ustedes. Mucho ojo con los flemones y con las cataplasmas.

* * *

Un aficionado á hacer fotografías, va á casa de un amigo á retratarle á su difunta esposa.

Después de hecho el retrato y cuando ya el fotógrafo ha liado los bártulos para marcharse, le pregunta el afligido esposo, apretándole la mano:

—¿Estás seguro de que saldrá bien?

—Hombre, sí...—contesta el aficionado.—Siempre que no se haya movido...

JOAQUÍN ARQUES.



Con sonrisa de candor
me está ofreciendo la flor.

¡COMO TODOS ELLOS!

I

Cuando yo era niño
y aprendía versos,
supe de Espronceda
su *Arrepentimiento*.
Aprendí de Bécquer
las *Rimas*; ¡lamentos
de un alma que lleva
pesadumbres dentro!
Leí las *Doloras*,
cuyo autor, por cierto,
nos deja en el alma
dudas y misterios.
Leí de otros muchos
los sentidos versos,
y aunque sólo penas
reflejasen ellos,
yo los aprendía
con placer inmenso,
loco de entusiasmo,
loco de contento.

II

Aunque los autores
que nombrados llevo
me hablaban, sin duda,
con tristes acentos
de mil desengaños,
de goces que huyeron,
de amores perdidos,
de tristes recuerdos,
llevaba en el alma
paisajes tan bellos,
tan gratas quimeras,
tan dorados sueños;
encontraba el mundo
tan de goces lleno,
tan dulce la vida,
tan hermoso el cielo,
que de ellos dudaba,
vivía contento,
y sencillamente
me burlaba de ellos.

III

¡Hoy que miro triste
la niñez muy lejos
y los desengaños
á millares cuento;
hoy que de mi alma
para siempre huyeron
las gratas quimeras,
los paisajes bellos,
los dulces amores,
los dorados sueños;
hoy que miro el mundo
tan de sombras lleno,
tan triste la vida,
tan oscuro el cielo,
sus quejas amargas
con pesar comprendo!
¡Soy tan desgraciado
como todos ellos!

V. BENEDICTO.



TUYA SIEMPRE

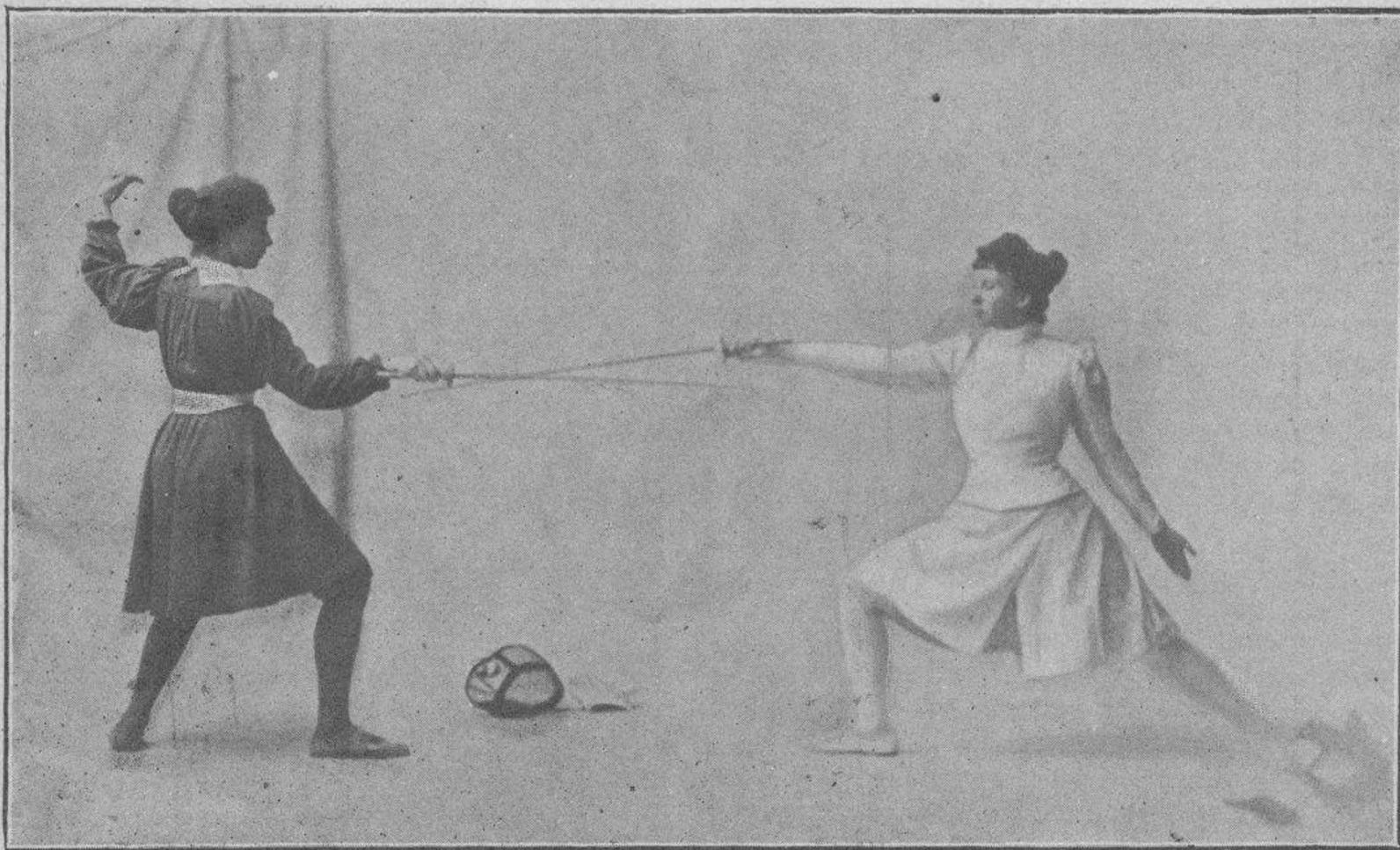
Detrás de los cristales empañados
y asidas nuestras manos dulcemente,
mirábamos caer del pardo cielo
menudos copos de argentina nieve.

Me miraron tus ojos, y en los míos
notar debiste la amorosa fiebre,
porque, alzando tu mano alabastrina,
buscaste apoyo en el cristal endeble,
y en él trazaste, de pasión temblando,
«*Tuya siempre*», con gruesos caracteres.

Al poco rato, con tu voz mimosa
jurabas adorarme eternamente;
pero al fijar mi vista en los cristales
ya se había borrado el «*Tuya siempre*».

Tú fuiste más feliz, pues me olvidaste.
Yo conservo tu imagen en mi mente,
y comparo tu amor á aquel sarcasmo
que tú trazaste en el cristal endeble.

A. SERRA CUBELLS.



La blanca á fondo se tira,
mas la negra el golpe para.

Entre mujeres, ¡es claro!,
no sirve el fondo de nada.

PESCA DE TRUCHAS

Ilustrado por la señorita Consuelo Taberner y don Ricardo Güell (Teatro Gran Vía)

UNA mañana, como de costumbre, don Jacinto, después de haber soñado que el río creció durante la noche, salió de su casa cuando la campana de la parroquia tocaba sosegadamente á la primera misa y los grillos entonaban el último tiempo de susinfonía nocturna.

Con los ojos turbios y su andar perezoso, vestido de dril obscuro y ancho sombrero, la caña al hombro y en el brazo el cesto que sirve para guardar el pescado, las provisiones de boca y la lata del cebo, don Jacinto tomó un camino estrecho, orillado de pequeñísimos álamos y plantas silvestres de fresco aroma. Torciendo á la derecha, donde comienza la vereda de descenso al río, hay una fuente oculta por el exuberante ramaje, que, partiendo de un grupo de predios musgosos, forma una charca de agua cristalina y serpentea luego entre la yerba, hasta perderse en menudos hilos. Al llegar á la fuentecilla, nuestro pescador quitóse el sombrero, que dejó con la caña sobre la yerba, y, arrodillándose junto á la charca, lavóse manos y cara, exclamando con júbilo y fruición:

—¡Es imposible que haya agua más limpia y fresca! ¡Esto alegra los cinco sentidos.

Secóse con ayuda de la americana y, sacando un pequeño frasco del bolsillo, echó un trago del aguardiente que contenía. Fresca y

limpia la cara y calentado y listo el estómago, terminó su desayuno dando un repaso á las higueras, cuyo sazonado y sabroso fruto, según don Jacinto, era el mejor algodón para empapar otro trago de aguardiente.

—¡Qué maduros y qué ricos!

—decía, según iba engullendo.

—A estas horas es cuando se pueden comer los higos; y estos que están picados por los pájaros son riquísimos. Ya hemos echado otro puntal al estómago y es hora de dar un tiento á los barbos, que salen también á buscarse su desayuno.

Y, acercándose al río, cebó sus anzuelos con ligereza increíble, y, como gran conocedor de la profundidad del remanso, calculó en seguida la distancia de los anzuelos al corcho, que botó en el agua, y comenzó á pasearse por la superficie.

Gracias á la transparencia de la corriente, el pescador veía el fondo del río y en él un ejército de menudos barbos que se apiñaban junto al cebo y tiraban

con precaución de la punta del anzuelo, sin poder tragarle por sus diminutas fauces, pero logrando llevar cada uno su parte.

—¡Mala canalla!—murmuraba por lo bajo don Jacinto.—Saben más que Briján.

—Y ¿quién era ese güen señor?—gritóle en aquel instante á los oídos una voz femenil,

—¡Calla! ¿Eres tú, Marieta?



La Saeta

—Sí, señor... Vengo á ver si saca usted alguna cosa.

—Pues siéntate y calla, que me ahuyentas los barbos.

El pescador, que seguía sin respirar los movimientos de los peces, no quiso continuar su conversación con Marieta, que era tan alegre y vivaracha al hablar como desenvuelta y jugetona en sus acciones.

La moza, que venía al río á jabonar unos trapos, colocóse á la orilla del remanso, y, subiendo hasta los codos las mangas del jubón, comenzó á agitar sus desnudos brazos sin distraer á don Jacinto, que continuaba absorto contemplando sus anzuelos. De pronto, una alegría muda se pintó en su rostro, el brazo le oscilaba de emoción... se hundió el corcho... cerró los ojos... tiró de improviso y una madri-

—¡Olé los hombres!—gritó ella levantándose y cogiendo entre sus manos el pez.

—Pero, chica, tú ¿no habías visto sacar una madrilla?—le dijo don Jacinto en el colmo de su gozo.

—Nunca. Siempre le queda á una algo que ver.

El pescador arregló de nuevo el cebo, que echó al agua, observando con interés los movimientos del corcho.

Marieta volvió á sus trapos, y cuando más entusiasmado estaba el hombre viendo ya otra pieza cerca del anzuelo, la chica, que se cansaba de callar, entonó á grito pelado la copla

Camino de Zaragoza
tengo mis amores, madre,
y á la Virgen del Pilar
le digo que me los guarde.

La canción de la lugareña le hizo á don Jacinto el mismo efecto que una coz.

—¡Condenada! ¿No te he dicho que callaras? ¡Pues buenos están los barbos! ¡Tienen más oídos que un tísico! ¿Con esos gritos querrás que vengan á picar?

—Pero, oiga usted: ¿también esos animalitos tienen oídos?

—¡Más que tú, tarambanal!

—Pues ¿qué se le va á hacer, si hoy no pican? Otro día picarán.

Y, soltando la carcajada, cogió sus trapos y comenzó á tenderlos sobre los mimbres y las zarzas, sin dejar de entonar coplas, que acabaron por desconcertar al bueno de don Jacinto hasta tal punto, que, dejando la caña sobre la yerba, se levantó furioso con ánimo de dar su merecido á la locuela.

Se acercó á ella, y al intentar persuadirla de que se fuese un poco más allá, la moza hizo un mohín picaresco y su mano suave y fresca rozó la rasposa cara de don Jacinto.

Nuestro hombre notó algo así como una sacudida eléctrica por todo el cuerpo. La savia de la vida empezó á circular con fuerza y contempló á la muchacha como el

goloso un manjar apetecible.

Empezaron las bromitas; quiso ayudarla á tender la ropa, chupó con avidez los arañazos

lla plateada saltó á la yerba, presa en el anzuelo.

Don Jacinto miró orgulloso á la muchacha, enseñándole ufano la madrilla pendiente del sedal.



que las zarzas hacían en las manos de Marieta, y se olvidó de los barbos y de la caña, que quedó en el suelo. Y de las bromas se pasaron á las veras, y al poco rato, mientras los pájaros llamaban con fuerza á sus hembras y las hojas de los árboles se besaban suavemente á impulsos del viento, en lo más escondido de la arboleda se consumó una escena de amor fogoso, de las que ya no recordaba el pescador.

La vuelta al pueblo fué divertidísima. Arri-maditos el uno á la otra y charlando por los codos, se hicieron mil promesas, sellando con

un beso sonoro el tratado de alegría y placer comenzado aquella mañana venturosa.

Y cuando cerca de las casas encontró don Jacinto al veterinario, que, cabalgando en un mal penco, le preguntó:

—¿Qué tal los peces? ¿Ha cogido usted muchos?

Don Jacinto, comiéndose con los ojos á Marieta, respondió gozoso:

—Hoy no han sido peces. ¡Ha sido la mejor trucha!

Y se alejaron de prisa, recordando la dicha pasada y saboreando la venidera.

A. TORNERO DE MARTIRENA.

EUFEMISMO

A VENUS

¿Cuántas veces no has soñado en sábanas rebujada, en horas de desaliento, en noches de insomnio largas, cuando el pensamiento aleve todo su peso descarga dejando libre el vacío que llena dentro del alma, posándose en la materia que se estremece y exalta, palpitante, si él palpita, cual onda que se propaga con vibración misteriosa por fibras, nervios y entrañas; que la sangre reconcentra y que la mente avasalla... que precipita el latir y nos ahuyenta la calma...?

Quando, trémulos, los miembros, buscan, porfían con ansia, contactos desconocidos, sensaciones que resbalan... ¡deleite que el pensamiento semeja... sin semejanza!... ¿Cuántas veces, silenciosa, febril, temerosa y ávida, pusiste atento el oído á una voz imaginaria, sobre tu lecho te erguiste y te recreaste lánguida, queriendo hacer en tu ensueño realidad la ilusión vana, prolongando una agonía... ¡delicia más solitaria!... que abiertos, al fin, tus ojos, del cristal á la luz clara, miraron, si no con pena, preñados sino de lágrimas?

¿Cuántas veces, delirante, tras una visión fantástica, no te arrojaste del lecho, sin voluntad arrastrada, y al lecho luego volviste, y al calor que te abrasara, más fija, no fué la idea, menos resistente el alma, y si más lejano el sueño, la tentación más cercana?

¿Cuántas veces, di, negaste ser tuyas tus carnes blancas, ajeno el tacto que oprime y la sensación que emana?; y ¿cuántas veces, los ojos volviste en densa mirada á otros ojos que, á ser vistos, desmerecieran tu gracia?... ¡Falaz! ¡Serpiente! ¡Mujer!!

¡Más dura cuanto más blanda!... ¿Cuántas veces, dime, entonces, del paroxismo en las ansias, en tu liviandad convulsa, en tus espasmos, con rabia, mordiste tu lengua propia, tragaste tu propia baba?... ¡Saliva que amarga fuera para emponzoñarte el alma!... ¿Cuántas veces, Venus, dime, si satisfecha, abrumada

al peso de tu deslíz, no te rindió el sueño lacia, si no harta, arrepentida; si arrepentida, no harta? Y ¿cuántas, en fin, el día no alumbró tu faz más pálida, más ojerosa, más triste y de aflicción empañada... ni cuándo, Venus, despierta, de rubor no se bañaba?

FELIPE CRESPO GÁLVEZ.



Está encendiendo el cigarro esta hermosa sevillana con las chispas que despiden los ojazos de su cara.



Tejiendo la corona

EL CANTO DE LA SIRENA

ESTÁBAMOS paseando una noche por el muelle, cuando mi amigo Manolo Albornoz se tornó de repente silencioso, preocupado, y se llevó una mano á la frente, como si le atormentase una idea desagradable.

Hay que advertir que Manolo era un chico decidido, alegre, hablador sempiterno y hablador con gracia, que los hay capaces de marear á cualquier cristiano con sus insustancialidades y sus desatinos.

Aquel extraño silencio de mi amigo me llamó la atención, y después de mirarle un rato, esperando que pronunciase una palabra que me explicase aquel para mí misterio incomprensible, le dije:

—Oye, Manolo. ¿Qué te pasa? ¿Qué tienes? ¿Te sientes mal?

—¡Calla, hombre!—me contestó.—El maldito canto de la Sirena me ha evocado un recuerdo que...

—¿De qué canto hablas?—le dije.—Porque no creo que cante nadie.

—Y, sin embargo,—repuso,—el canto existe. Le percibo, y ese canto representa para mí la pérdida de... No quieras saberlo: la pérdida de una mujer.

—Vaya, hombre, no creo que esa pérdida sea de gran consideración, cuando por una que se pierda se encuentran doscientas. Precisamente es un género del que hay de todos colores y para todos los gustos.

—Sí; pero es que con la pérdida de aquella mujer coincidió la de diez mil pesetas que acababa de depositar en sus manos.

—¡Malo! ¡Muy malo!—le contesté.—¡Esas sí que ya no se pueden encontrar!

—¡Perdidas para siempre!

—Naturalmente. ¿A quién se le ocurre entregar lo que es tan fácil de perder en manos de un ser que tan predispuesto está ya á perderse?

—Es que aquella mujer era un ángel.

—Entonces se subió á los cielos.

—No: se embarcó en un trasatlántico.

—¡Ah! Vamos, y para que le sirviesen de lastre se llevó tus cuartos.

—Escucha. Figúrate que Angelita era la mujer más deliciosa que te has echado á la cara.

—Mucho decir es eso, porque yo las he visto y las estoy viendo todos los días, de primera, Manolo, de primera.

—Pues ésta era la primera entre las primeras.

—Y por eso, sin duda, te dió el primero entre los primeros timos.

—Sí, querido, lo confieso. Ahí tienes la razón del efecto que me ha causado ese canto.

—¿Cuál?

—¡El de la Sirena, hombre!

Miré á Manolo, miré después á nuestro alrededor, y temí que á mi desdichado amigo no le hubiese sobrevenido de pronto alguna perturbación mental.

Porque ni yo veía Sirena alguna por aquellos lugares, ni escuchaba canto de ninguna especie.

Manolo prosiguió, después de algunos minutos de silencio:

—Angelita era alta, con un rostro encantador, y una garganta como el rostro, y unos hombros, y ..

—No bajas más, hombre,—le interrumpí,—porque hay bajadas muy peligrosas.

—¡Y tanto!—repuso con amargura.—¡Tenía un pie de niña y una pierna que ni la Venus de Milo, y...!

—¡Si continuas subiendo de ese modo, entre aquella bajada y esta subida, comprendo muy bien que tropezases con...!

—¡Con la gloria, amigo mío, con la gloria! Porque Angelita me tenía fascinado, enloquecido.

—Nunca se está más cerca del infierno que cuando uno cree encontrarse en la gloria,—repuse sentenciosamente.

—Tienes razón. Eso fué lo que á mí me



Al ver tan linda persona se adivida que es bretona.

sucedió. Un año pasó así. Angelita era viuda. ¿Comprendes tú lo que es una viuda?

—¡Ya lo creo! Una mujer que ya lo sabe todo y que puede poner muy bien colegio de segunda enseñanza.

—¡Y tanto! Así me hizo aprender. Cuando me tuvo bien cogido, me dijo un día que sus amigas y sus parientes murmuraban de nuestras relaciones, que por mí había impreso en su honra una mancha que no se podía borrar tan fácilmente. Pero como que ni ella tenía fuerzas para romper el lazo que nos unía, ni yo tampoco podía hacerlo, era menester que nos fuésemos lejos, muy lejos, para poder disfrutar de nuestro amor sin testigos ni censores.

—¡Tarde se le ocurría pensar así!

—¡Demasiado temprano para mi mal!—contestó Manolo.—Yo asentí á su idea. El plan era marchar á Suiza, establecernos allí y hacer de nuestra existencia un idilio eterno.

—Algo pecaminoso era ya el tal idilio,—contesté sonriendo.

—Accedí á todo. Realicé algunos valores que tenía, y le entregué las diez mil pesetas que cobré el día mismo en que debíamos salir con el expreso de Francia. ¡Cómo me abrazó y me colmó de caricias aquel día!

—Era lógico. Como el cuervo de la fábula, habías soltado ya el queso.

—Pero lo más triste fué que yo lo solté y ya no me lo comí. Cuando por la noche fui á buscarla para marchar á la estación ..

—Te encontrarías con que el pájaro había volado, ¿eh?

—Sí; pero acompañada por uno de sus parientes, según me dijeron, que era el individuo á quien yo conocía.

—Pariente muy cercano, sin duda.

—¡Y tan cercano!

—¡Como que habría subido y habría bajado también por aquel mismo camino de que antes me hablabas!...

—Me dijo una vecina que se había marchado poco antes con ese pariente y que se embarcaba aquella noche en el trasatlántico «Santo Do-



Con ingenio y travesura del vestido ha hecho esta chica y su natural salero, una capa de torero.

mingo», que marchaba á la Isla de Cuba.

—Era lo natural. Después del fuego, el agua. Pero no comprendo qué tenga que ver todo esto con el canto de la Sirena que indicaste al principio.

—Pues, hombre, muy sencillo. Cuando la vecina me dijo lo que ella sabía, corrí como un loco al puerto. Quería coger á los bribones y hacerlos detener; pero al mismo tiempo que llegaba á las escaleras del muelle, el maldito sonido de la *Sirena* del vapor me anunció que el buque salía del puerto, llevándose en su seno la mujer que me abandonaba. Por eso desde entonces, siempre que oigo la Sirena de un trasatlántico, me acuerdo de Angelita.

—¡Y de los dos mil duros que te birló, que es lo más sensible!

—¡Oh! ¡Pero algún día volverá y...!

—Mas las diez mil pesetas ésas... ¡ésas no volverán!

R. DEL C.

¡VENGADO!

DESDE que había llegado á sus oídos que su mujer le burlaba, Menacho, á podo con que le designaban sus compañeros de trabajo de la brigada de vías, estaba meditabundo y sombrío.

—¡No puede ser!—repetía en su interior.— ¡Me engañan! Es envidia porque me distingue el sobrestante y ha dado á mi Rosa el empleo de guarda barrera. Pero ¿y si fuera verdad? Rosa es la montañesa más sana y guapota en diez leguas á la redonda. Cuando la cortejaba era codiciada por muchos mozos. Yo espiaré y al fin sabré la verdad de lo que haya. ¡Quiero arrancar ese gusano que me roe las entrañas!

Este monólogo lo tuvo desde el trayecto que mediaba del kilómetro veinte, donde trabajaba, hasta la caseta donde habitaba su Rosa. Desde lejos vió á Rosa que, desnudos sus torneados brazos hasta el codo, arreglaba la cena. Al llegar, ella le envió una amable sonrisa.

—¡No es posible! ¡Me engañan! ¡Su mirada es pura!...

Entró adentro, y, como si nada sospechara, cenó con gran apetito, y hablando amigablemente llevó la conversación al terreno que tanto le preocupaba.

Cuando Rosa oyó de los labios de su marido lo que murmuraban no pudo contener su indignación.

—¡Yo te lo explicaré todo,—le dijo, cogiendo las toscas manos de Menacho;— pero jura no cegartel

—¡Lo juro, Rosa, por la memoria de mi santa madre!

—Pues escucha. Don Luis, el sobrestante, prendado de mis encantos, me requirió de amores, que yo rechacé; pero él, firme en su empeño y ardiendo en deseos de poseerme, no pudiendo vencer con amorosas palabras, creyó cegarme con dinero; inútil decirte que yo rehusé indignada... Ni halagos ni amenazas me hicieron desistir, y hoy mismo...

—¿Qué? ¡Dilo!—respondió Menacho, apretando brutalmente la linda mano de Rosa.

—¡Calma! No te ofusques. Me dijo que si no cedía nos despediría á los dos.

—¡Miserable!

—Yo, temblando, loca, sin saber lo que decía, le cité esta noche, á las diez, en un pajar cercano de aquí; pero no me culpes, Menacho: soy honrada; y si hubiera abusado alguna vez,—exclamó Rosa, sacando del bolsillo un largo puñal,— ¡le hubiera muerto!



Esta belleza sin par acaba de despertar.

—¡Oh! ¡Gracias! ¡Y yo que había dudado de tu honradez!...

Siguieron hablando, sentados los dos bajo el verde emparrado, oyendo á lo lejos los cantos y risas de los segadores que marchaban á sus casas, después de un día de rudo trabajo cortando doradas mieses bajo los ardorosos rayos del sol.

*
*
*

Anocheceía. Algunas estrellas brillaban en el azul cielo como bellos diamantes. Los pájaros dormitaban en sus nidos. Tan sólo turbaba aquel poético silencio el enérgico y monótono canto del grillo.

Las nueve y media daban en el reloj de la vecina capital, cuando sigilosamente salía Menacho de su casilla, dirigiéndose al punto donde debía acudir don Luis.

Al llegar se acurrucó á la sombra de un corpulento árbol, esperando impaciente.

Al poco rato sintió pisadas, y á la luz de la luna reconoció al sobrestante.

Un grito de alegría salió de sus labios, y, saliendo de su escondite, dijo con reconcentrada ira:

—No esperarías encontrarme, ¿verdad?

—¡Cómo! ¿Eres tú, Menacho?

—Sí: yo soy, que, enterado de tus planes, quiero hablarte.

—¡Te atreves á tutearme, miserable!

—¡El miserable eres tú, ladrón de honras! ¡Lo sé todo! ¡El único patrimonio que tenemos los pobres es la honra, y ésa debemos conservar-la para legarla á nuestros hijos, y tú, vosotros... los que, no contentos con robarnos el sudor, aun queréis quitarnos la honra... debes morir!

Un silbido estridente cortó la palabra á Menacho.

—¡Se acerca el correo!—dijo.

Don Luis, que comprendió la intención de esta palabra, echó mano al bolsillo.



A uno que le ha dicho cosa de color algo subido,

con esa cara de simple le está diciendo: —¡Atrevido!

Menacho, sin darle tiempo, se le echó encima con la ligereza de un tigre, y forcejando los dos llegaron al borde de la vía férrea.

En aquel momento pasaba el monstruo de hierro vomitando por su negra chimenea torrentes de humo que, formando espirales, se remontaba al infinito.

Con voz sorda y terrible le dijo Menacho:

—¡Querías robarme lo que más quiero, y como es mi obligación lo defiendo! ¡Muere, miserable! ¡Ya está vengado mi honor!

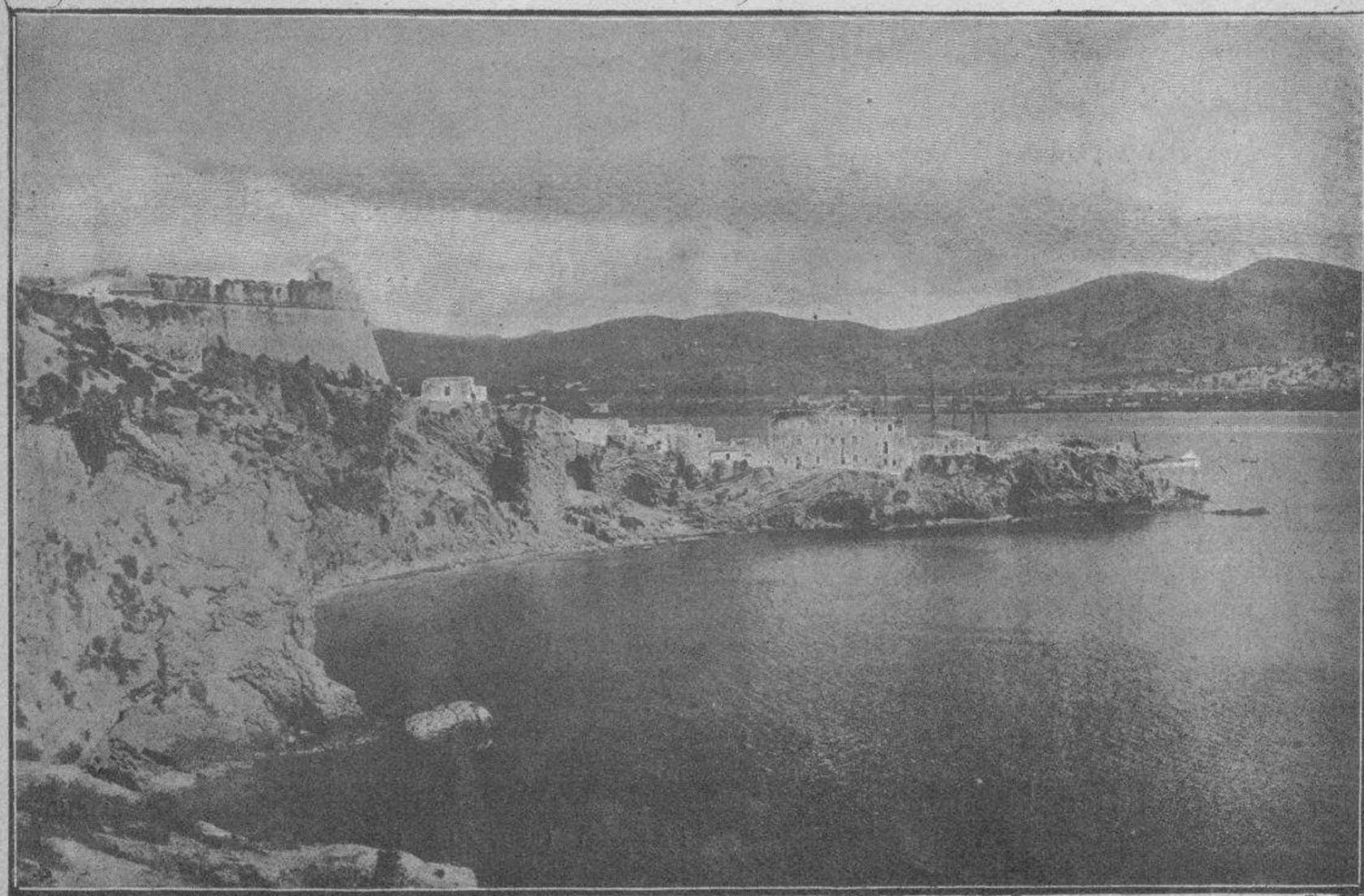
Y con todas sus fuerzas lo tiró bajo las ruedas del tren, que destrozaron aquel cuerpo momentos antes lleno de vida...

R. HOMEDES MUNDO.

BALEARES



IBIZA.—VISTA DESDE LA CARRETERA DE SANTA EULALIA



IBIZA.—LA PEÑA DESDE EL SOTO

Miscelánea

Tenemos el gusto de advertir á nuestros lectores que doña **Sebastiana Sola** tiene á su cargo la corresponsalia de las siguientes publicaciones: *Heraldo de Madrid, El País, El Nacional, La Lidia, La Caza Ilustrada, Arte y Letras, y Heraldo Taurino.*
Dirigirse al kiosco de la Rambla, número 3.

COCINA CÓMICA

Salsa literaria

Compras calamares frescos y, aprovechando la tinta, vas preparando la salsa con plumas de pavo, finas, y con plumas de pichones y unas cuantas de gallina. En vez de sal, echas polvos de salvadera (arenilla) y barbas, las que recortes de un puñado de cuartillas. Con todo este revoltijo te marchas á la oficina y al fuego de tus ideas lo preparas en seguida; que si el público la traga has conseguido una mina.

J. A.

Un pobre hombre, de esos que creen que los años dan derecho para hablar de todo, hacía una severa crítica de los hombres.

—¿Y las mujeres? ¿Qué me dice usted de las mujeres? —le dijo uno, con el propósito de oír un nuevo discurso, tan insustancial como el primero.

—¿Las mujeres? ¡Oh! ¡Las mujeres son aún peores! —contestó el viejo.

—Comprendido,—dijo el otro con sorna;—si no fuéramos ni hombres ni mujeres seríamos seres perfectos.

EL HÁLITO INFECTO rechaza al más enamorado. El perfumado seduce al más indiferente. El *Licor del Polo de Orive* destruye el mal olor de la boca, aromatiza el aliento y conserva la dentadura sana hasta la vejez.

Jeroglífico comprimido

AM 2

E. BERNABÉU TORREGROSA.

CRÈME SIMON

à la glycérine

Poudre
de riz Simon

Savon
à la Crème Simon

Maravillosos para la
TOILETTE DIARIA

Preserva el rostro de las influencias del FRIO, del SOL, ó del aire del MAR
Blanquean y suavizan divinamente el cutis

J. SIMON → 13, Rue Grange-Batelière, 13 → PARIS

Tarjeta logográfica

Nombre 5 9 7 3 2 8 4 9	Apellido 7 2 6 8
Establecimiento 5 2 7 2 7 4 6	
Calle 3 9 8 6 7	Número 5 4 3 5 9
Pueblo 1 2 3 4 5 6 7 8 9	

M. CERVERA Y MENGUIJÓN.

Fuga de consonantes

.o..a..o .o. á .o..e..e
 .o. .u..a. .e .o .ue e. .ue.o
 e. .a .o.a .e .u. .a.io.,
 .ue e..á .e.o.a..o .e.o.

MANDINGA.

Soluciones á lo insertado en el núm. 543

CHARADA.—Venado.

CRUZ DE ROMBOS:

	M	
	M I L	
	M E L O N	
	M I L I T A R	
	L O T E S	
	N A S	
	R	
	M E S	
R	H E D O R	A
T E R	M E J O R I A	A R S
R E M A R	E D O N D E L	A R M A S
R A O	S O R D E R A	S A L
R	R I E R A	S
	A L A	
	A	
	O L A	
	O S U N A	
A	L U M I N A	
	A N I T A	
	A N A	
	A	
	O N S	
	O P T A R	
A	N T O N I O	
	S A N T O	
	R I O	
	O	

TARJETA ANAGRAMICA.—Chocolates de Matías López, Madrid.

CRUZ LATINA:

F F
 E L
 D O
 F E D E R I C O
 F L O R I N D A
 I N
 C D
 O A

Correspondencia

J. L. y S.—Su «Rápida» se insertará cuando le llegue el turno.

J. C.—Alcázar.—No hay necesidad del aumentativo que sirve de título á su poesía. Se publicará oportunamente.

M. P. O.—Madrid.—Hasta ahora no había visto que fuese consonante de llaneza. *profeza*, por profesa. Además, el soneto es muy flojo, tanto, que no merece la pena de perder el tiempo corrigiéndole. El «Epigrama», imposible. Lo demás veremos de arreglarlo.

K. D. Tito.—Todo se ha recibido. Algo se ha publicado ya y el resto se insertará por su turno.

L. M.—Ciudad Real.—Tenemos muchos versos y muy malos. No aumente usted el número.

NADA HAY TAN EFICAZ para calmar dolores de reuma como una fricción de *Eálsamo antirreumático de Orive*. Exigirlo de color verdoso. 2 ptas. frasco. Farmacias.

E. P.—Ferrol.—Sus versos no están mal medidos; pero n^o da más. Puede usted hacer algo mejor.

A. M.—Granada.—La persona á quien usted se dirige no forma parte de esta Redacción. Sin embargo, será usted complacido como desea.

R. T. E. G.—Madrid.—No se moleste en enviar cosas como las remitidas. LA SAETA no puede apadrinar ciertas groserías.

D. M.—Badajoz.—La indole de LA SAETA no permite la publicación de su artículo.

E. M. L. V.—Madrid.—Recibidos sus últimos trabajos, que se publicarán.

M. T.—Madrid.—Se publicará oportunamente

Prohibida la reproducción de los originales de este número

LA SAETA

SEMANARIO ILUSTRADO

Toda la correspondencia al Administrador D. ROMÁN GIL

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN, BALMES, 86

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

España y Portugal, semestre. 6 pesetas.
 Año. 11 ,
 Extranjero y Ultramar, un año. 17 ,
 Número corriente, 20 céntimos.

Número atrasado, 30 céntimos.

No se admiten suscripciones por menos de seis meses. Las suscripciones empiezan el primero de cada mes.—Pago adelantado.

Establecimiento tipográfico de B. Baseda, Villarroel, 17 —Barcelona



Inofensivo, suprime el Copáiba, la Cubeba y las inyecciones. Cura los flujos en

48 HORAS

Muy eficaz en las enfermedades de la vejiga; Cistitis del cuello, Catarro de la vejiga, Hematuria. Cada Cápsula lleva el nombre MIDY

PARIS, 8, rue Vloienne, y en las principales Farmacias.

supremo para no contestarle con violencia; por lo tanto, quedóse inmóvil en su puesto sin desplegar los labios.

El alguacil, lejos de intimidarse, se sonrió al verla; y ya se levantaba Daniel para decir alguna cosa, sin reflexionar lo que hacía, cuando Gay le dijo al oído, adivinando su intención:

—Dejadla obrar, señor; esperemos un poco todavía.

—¡He aquí una pobre mujer arruinada!... ¡He aquí una madre infeliz que en su ancianidad tendrá que abandonar su hogar!—dijo Antonieta con acento doloroso.

—¡Puedes pedir limosna si quieres!—dijo la molinera.

—¡Oh! ¡En cuanto á eso, no lo haré mientras pueda trabajar!—repuso Antonieta con dignidad.—Pero vos que sois tan rica, señora; vos que, sin perder un óbolo de vuestro dinero, podéis salvar de la miseria á criaturas que habéis visto nacer, y salvar al mismo tiempo á su madre, que la conocéis desde hace cuarenta años lo menos, y que no diréis que falto á la verdad, puesto que habéis nacido en la casa contigua á la de ella. ¿por qué queréis hacernos daño, sólo por el placer de vernos sufrir?.. ¡Oh, no! ¡Es imposible que tengáis tan mal corazón! Y además, pensad que si mañana vendéis nuestra hacienda por justicia, perderéis en ella seguramente.

El alguacil sacudió la cabeza y dijo:

—¡No, señora! ¡Eso es falso!

Gay no pudo contenerse y pronunció un «¡Sí!» tan vigoroso, que todos los asistentes se quedaron mirándole atentamente; pero, comprendiendo su falta, se mordió los labios y continuó fumando con impasibilidad.

En seguida añadió Antonieta:

—Los granos y los forrajes no están aún de venta; esperad hasta el invierno, y entonces venderemos nuestra cosecha poco á poco en el mercado. Los premios y el capital os serán reembolsados bien pronto, y os juro que trabajaremos noche y día hasta tanto que esté saldada nuestra cuenta. ¡Oh! ¿Cómo me atrevería á volver á mi casa sin darle una esperanza á mi madre?—exclamó Antonieta con acento suplicante.

—Pero ¿con quién hablas?—le contestó la molinera.—Supongo que no será conmigo. ¿Es con el señor Mouflet?

—¡No temo la vergüenza por mí!—dijo Antonieta, juntando las manos en ademán suplicante.—¡Yo me pondré á servir en cualquier alquería y ganaré mi sustento!... ¡Pero, por la última vez os suplico, señora,—añadió, cayendo de rodillas,—en nombre del Altísimo, al cual rogaré por vos, tened piedad de nuestros niños!.. ¡Ved que os pido una gracia por ellos y por nuestra madre, que se morirá de pena, porque no podrá abandonar estos lugares!...

La infeliz joven se ahogaba de pena.

—¡No, y cien veces no!—gritó la molinera, amenazando con el puño á Antonieta.—¡Me he de vengar de todos vosotros!... ¡Tu madre me robó mi amante, y tú, á quien aborrezco, esperas casarte con Bautista porque es rico! ¡Ah! ¡Yo te juro que no será así! ¡Ya sabes lo que quiero y lo que pienso; por lo tanto, sal de aquí inmediatamente!—añadió, señalando la puerta con el dedo.

Mouflet cogió á Antonieta por el brazo para echarla á la calle; pero la joven, exasperada, le dijo, retorciéndole la muñeca:

—¡No me toquéis!

—¿Quién es el que se atreve á tocar á Antonieta?—exclamó una voz que resonó fuera de la casa.

—¡Ah! ¡Ya está aquí Paincuit!—gritó Baby.

La molinera, cuando oyó la voz de su hijo, perdió pie, y, lanzándose sobre Antonieta, levantó la mano para abofetearla; pero chocó sin querer con la mejilla del guarda, que se había adelantado bruscamente para evitar el golpe que iba dirigido á la joven.

—Pues señor, se ha roto mi pipa,—dijo friamente, mirando el pedazo de boquilla que le quedaba en la boca.

Bautista, al entrar, dió un soberbio empujón al alguacil, y Belamí, que le seguía paso á paso, le dijo, en tanto que, extendiendo su brazo, dejó caer á Mouflet sobre la mesa:

—¡Paincuit, respeta á tu madre!

(Continuará.)

M. ASSARDON.



De D. Julio Vila Prades, para anuncio de corridas de toros (núm. 328 del catálogo)



20 céntos.

Núm. 545

UNA PARTIDA DE CAZA

(CONTINUACIÓN)

—¿Qué dices, imbécil?—repuso Bautista, quitándose el gorro.—¡Yo faltar á mi madre!... Sería la primera vez que hiciera semejante cosa. Sólo vengo á decirle que desde ahora abandono mi casa, porque no faltan molinos donde trabajar, y sé mi obligación perfectamente.

—Sin embargo, eres bastante rico en el día para no tener que servir á nadie,—le contestó Belamí, sorprendido.

—¿Hablas, sin duda, de los bienes de mi abuelo, que me pertenecerán el día que sea mayor de edad? No me cuido de eso. Mi madre no los malgastará, y ¡Dios me libre de que nunca le pida cuenta de ellos! Me voy de mi casa porque no quiero estar más en ella, y hemos concluido.

—¡Miserable! ¡Desalmado! ¡Hijo desnaturalizado!... ¡Cómo! ¿Abandonas á tu madre por esa mujer de poco más ó menos, á quien detesto, como á toda su familia? Pues bien: ¡mala persona: márchate, sal pronto de esta casa y llévate á esa pordiosera si te acomoda!

El alguacil, tan encolerizado como repleto de aguardiente, consiguió acercarse á la molinera y quiso apoyarla repitiendo:

—¡Sí, señor: mala persona, marchaos de aquí y llevaos á esa pordiosera!

—¡Cómo! ¿Qué decís, señor Mouffet?—repuso vivamente la molinera, volviéndose bruscamente hacia él.—¿A quién llamáis aquí mala persona?—añadió, encolerizándose cada vez más.—Vuestro hijo sí que es un canalla, tan borracho y tan ladrón como su señor padre, ¿me entendéis?

Y principió á sacudir violentamente al aturdido corchete.

—Sin embargo,—dijo el guarda, recogiendo el sombrero del alguacil, que la molinera había echado á rodar,—Mouffet no es un ciruelo para sacudirle de ese modo.

En aquel momento entró un viejecito con un semblante tan fresco y tan sonrosado como el del monaguillo que le seguía, y, adelantándose hasta la molinera, le dió la mano cordialmente. Esta, sin contestar una palabra, hizo una reverencia, y buscó una silla con los ojos, pues sentía desfallecer por momentos.

Bautista acudió á su madre, á la que podían ahogar con un cabello, y la estrechó en sus brazos, confundiéndose sus lágrimas.

Antonieta aprovechó el momento de emoción para ganar la puerta, lo que ejecutó silenciosamente.

—¿Por qué os quedáis fuera, hijos míos? ¡Entrad, entrad!—les dijo á su vez el sacerdote con dulzura á la gente que, agrupada en el dintel de la puerta, contemplaban aquella escena.

Entraron, pues, uno á uno, con sus gorras en la mano, pues todos se habían descubierto respetuosamente, excepto el alguacil, que se había puesto nuevamente su sombrero.

—¿Quieres verme morir de pena, Bautista?—dijo la molinera con voz entrecortada por los sollozos.

—¡Oh! ¡Madre mía, os juro que no!

—Entonces ¿por qué te has encaprichado en querer casarte con Antonieta, á quien odio, como á toda su raza?

—Porque la amo.

—Pero ¿no me amas á mí, hijo mío? Respóndeme. ¿Te falta algo en tu casa? Eres tan feliz como los patos en el río; haces lo que quieres... El día de Corpus te regalé una repetición con su cadena de oro y otra porción de cosas... Luego entonces ¿qué deseas?

—Siempre me decís lo mismo. Lo que me dáis y lo que quiero son dos cosas muy distintas; y no seáis tan vieja que os olvidéis de vuestra juventud.

—Si quieres casarte, yo te buscaré una mujer; y la que yo te busque, no será enemiga nuestra como esa Antonieta.

—Entendámonos: su encarnizada enemiga sois vos, madre mía.

—¡Por Dios, señora, detened esas odiosas persecuciones contra esa desgraciada familia!—repuso el sacerdote.—Ahora sólo depende de vos. Vuestro suegro os había envuelto en un asunto vergonzoso, que no pertenecía más que á él seguramente.

(Sigue en la penúltima página.)